

todos los ombligos son redondos



álvaro de
laiglesia



Los límites entre el absurdo y la realidad quedan continuamente traspasados por la ingeniosa sucesión de situaciones siempre sorprendentes y divertidas para el lector.

*Ama a tu projimo, pero no te acerques mucho a él si
no quieres que te muerda.*

(Lema de la Sociedad Protectora de Racionales)

Advertencia del autor

Todos los personajes, lugares y acontecimientos de este libro son imaginarios.

Afortunadamente.

Eso indica, en primer lugar, que tengo imaginación. Y en segundo, que no he estafado al lector contándole unos cuantos sucesos copiados de la vida real. Para leer sucesos ya están los periódicos, que sólo cuestan unas cuantas peras gordas y sirven después para envolver las cosas sucias. Demostración de que los hechos auténticos son siempre más baratos y menos duraderos que los fantásticos. Y los libros tienen demasiada jerarquía para limitarse a relatar las míseras realidades humanas.

Desde Hornero hasta mí, pasando por todos los Dantes y los Cervantes, el buen escritor fue siempre un Creador. Cada cual creaba su mundo particular, parecido a la Tierra, pero nunca idéntico. Eso hizo inmortales las criaturas que alumbraron y los paisajes que describieron.

Porque los mundos de la fantasía no están sujetos a las implacables leyes biológicas que hacen corta la vida y efímera la belleza; y conservan su lozanía eternamente sin envejecer jamás.

Cuando la erosión de otros cien siglos borre los mármoles donde los antiguos griegos esculpieron la Historia de su patria, la Grecia homérica no habrá perdido ni uno solo de sus versos y se conservará tan fresca como una lechuga.

Cuando la región manchega se convierta en un bosque industrial de apretadas chimeneas, la Mancha cervantina permanecerá intacta en la memoria de todas las generaciones venideras: sus áridas llanuras no perderán ni uno solo de sus míseros hierbajos y sus fantásticos cabreros seguirán pastoreando el mismo número de escuálidas cabras, porque los siglos no pueden diezmar los rebaños de la imaginación.

Morirán todos los grandes hombres contruidos en huesos forrados de carne; pero Ulises y Don Quijote seguirán viviendo, sin que el tiempo sea capaz de añadir ni una sola cana a sus barbas eternas.

(Grandes aplausos y murmullos de aprobación).

Por eso los escritores que ya son clásicos, y los que vamos camino de serlo... *(Gritos de «¡Si, si! ¡Y tú el primero!»)* creemos firmemente que la novela debe nacer de la imaginación pura. Y nunca de la vulgar realidad llena de impurezas. Novelar es inventar. El escritor que borda su relato sobre el cañamazo de un hecho auténtico, puede que llegue a ser un historiador, pero nunca será un novelista.

(Grandes aplausos y murmullos de aprobación).

Esta verdad, dura como un puñetazo y clara como las estrellas que se ven al recibirlo, la saben todos mis colegas contemporáneos. Pero se han puesto de acuerdo para enmascararla, lanzando astutamente la moda del «realismo».

(Gritos de «¡Eso, eso!»)

Y yo os digo: un «ismo» ha sido siempre el mejor biombo para disimular muchas majaderías. Detrás del jactancioso «realismo», se esconde la impotencia mental de un nutrido grupo literario incapaz de crear sus mundos propios. ¿Por qué? Muy sencillo: porque cuando no brota en las cumbres cerebrales el manantial de la ficción, hay que bajar a la calle para beber en las fuentes públicas de la vulgaridad cotidiana. *(«¡Muy bien, muy bien! ¡Así se habla, simpático!»)*

Yo atribuyo la aparición de este estilo novelístico pedestre, hecho a base de inflar con más o menos retórica unos cuantos periódicos atrasados, a una crisis de fantasía producida por la defectuosa nutrición de las masas encefálicas en la larga cadena de guerras que viene soportando nuestro siglo. Tesis bastante lógica si se tiene en cuenta que casi todo el fósforo mundial, elemento indispensable para alimentar la materia gris, es absorbido por la industria de armamentos para fabricar bombas incendiarias.

(Susurros de conformidad, y algún tortazo suelto a los que no están de acuerdo).

Esta crisis, fruto de la escasez fosfórica, ha inundado las bibliotecas actuales de libros ramplones en los que se recogen sucesitos humanos dignos de la prensa provinciana. A mí me recuerdan las minuciosas «naturalezas muertas» que pintaban antiguamente los artistas con oficio pero sin talento creador, en las cuales derrochaban muchas horas de trabajo para retratar un conejo despanzurrado, cuatro peras o un filete con patatas.

Eran cuadros pintados a conciencia, con exactitud fotográfica: el bicho muerto tenía todos los pelos de su piel dibujados uno por uno; cada fruta ostentaba su correspondiente agujero con el correspondiente gusano, y en el pedazo de carne frita no se omitía ni uno solo de los nervios que suelen dificultar su trinchamiento. *(Fuertes risas)*. Y el espectador de aquel «realismo» pictórico, pensaba ante esta clase de obras:

—Las figuras retratadas parecen de verdad, en efecto, pero no me interesan en absoluto: he visto en mi vida muchos conejos muertos, he tirado a la basura infinidad de peras pochas y me he comido varios millares de filetes con patatas. El Arte se creó para elevar el espíritu del hombre a regiones superiores, y no para meterlo de narices en la cocina de su casa.

(Ovación y comentarios).

Una protesta idéntica se le escapa al lector del actual «realismo» literario. Y yo le doy toda la razón.

(Una voz: «¡Y nosotros también!»)

Falsos novelistas de ambos sexos, impotentes para engendrar personajes irreales, recurren hoy al truco de disfrazarse ellos mismos de protagonistas cambiándose el nombre y tiñéndose el cabello. Así obtienen un héroe central muy manejable, a través del cual nos van contando sus modestas autobiografías.

Cuanto más sórdida haya sido la vida del autor, más material le suministra para rellenar sus pobres páginas. Cuando más monstruosa y desgraciada haya sido su propia familia, mayor número de seres ficticios podrá dibujar con la madera sin savia de su lápiz.

(Interrupciones y bravos).

Sin piedad ni pudor y por riguroso turno, hace desfilar la vergonzosa giba de su tía Rafaela, el muñón de la pierna que su padre perdió en África, o la maldad de su hermano Perico, que cegaba a los gatos del vecindario con un pincho candente.

Encabezando este reparto de tristes seres vivos, clavados en su mediocridad por el lastre de sus taras físicas y de su pobreza espiritual, el autor revive en el protagonista los humildes lances de su propia existencia. Su apatía imaginativa suele ser tan grande, que ni siquiera se molesta en levantar un escenario inventado para vigorizar la trivialidad de los hechos que relata: la casa del protagonista fue también la del autor, y las gentes que salen a relucir en los capítulos, las mismas que trató él. Y el resultado de esta técnica suele ser una novela que sólo interesa de verdad a los parientes del autor retratados en ella:

—La giba que me pone mi sobrino en el capítulo quinto —presume la tía gibosa, coqueta— es igualita que la mía.

—Mi muñón, en cambio, le ha salido demasiado sonrosado —gruñe el papá del autor, ofendido—; dice que es como el rosbif, y lo cierto es que resulta más pálido que una rodaja de merluza.

—Porque tu muñón lo llevas siempre tapado con los pantalones —disculpa la tía del biógrafo familiar—, y tuvo que describirlo de memoria. Pero como mi joroba está más a la vista, le ha salido exacta.

Y toda la familia del autorzuelo, tan vulgar que jamás soñó con aparecer en letras de molde, se pone muy ufana al verse manchando con sus diminutas suciedades la blancura de un libro entero. Y la vanidad les hace perdonar al

pariente novelista que haya sacado a la luz pública sus porquerías más íntimas.

(Cuchicheos de «Tiene razón; conozco yo algunos casos...»)

Cuando el escritor «realista» no dispone de una familia suficientemente pintoresca para llenar el vacío de su inventiva, se apropia de la familia de un vecino o bucea en las hemerotecas en busca de un puñado de infelices que le sirvan de hilván para coser su relato.

También la Historia proporciona un hilo excelente para esta clase de remiendos novelísticos. El procedimiento es muy antiguo, pero muchos colegas contemporáneos lo han resucitado para asegurarse un mediano éxito de público. Los chismorreos de la Historia —¡esa vieja cotilla que lleva tantos siglos escuchando detrás de las puertas para divulgar después lo que oye en tomos muy gordos!— entretienen siempre a la gente.

Desde que se coció al sol la bola del mundo hasta nuestros días, han ocurrido algunas cosas con cierto interés que despiertan la curiosidad de los lectores. Y aunque a todos los acontecimientos históricos se les ha dado muchos golpes literarios, aún pueden golpearse mucho más sin que sufran desperfectos. Es cuestión de variar el ángulo visual desde el cual se «golpea» el tema, para no coincidir demasiado con los golpes anteriores. He aquí un ejemplo:

Una gran batalla descrita una vez desde el Alto Mando puede describirse mil veces más desde los distintos puntos de vista de todos los soldados que tomaron parte en ella. Y los relatos serán siempre diferentes. No habrá dos soldados que puedan contar igual el mismo ataque de caballería: un artillero, en la altura de su observatorio, sólo verá las orejas de los caballos, mientras que un infante tumbado en el suelo verá únicamente las patas. Estos mismos caballos le parecerán hormigas insignificantes a un aviador, y dinosaurios gigantes a un zapador.

(Una voz: «¡Eso, eso!»)

Esta ley elemental, que hace múltiples las perspectivas de un mismo paisaje, ha permitido a los escritores sin imaginación describir de cien mil modos una sola batalla. Y quien dice una batalla, dice una guerra completa. Y quien dice una guerra completa, dice un reinado o un período histórico.

¿No es cierto que la turbulenta vida conyugal de aquel Enrique inglés, archivado en la Historia con el número VIII, puede verse también de muchas maneras? Desde la alcoba donde el rey estrenaba a sus esposas; o desde el patíbulo donde se deshacía de ellas, atacándole como asesino de mujeres, o ensalzándole como precursor del divorcio.

Trinchando cualquier pedazo histórico, como queda demostrado, es muy fácil escribir un libro relativamente original. Pero nunca original del todo, claro, puesto que es necesario plegarse a la servidumbre de los hechos fundamentales sin tergiversar las fechas ni las épocas. Esto, sin embargo, no le importa demasiado al novelista sin fantasía: lo importante para él es que el suceso en que se basa le proporcione algunos puntos de apoyo para sustentar el frágil argumento de su narración.

El literato auténtico no puede ceñirse a esas pautas que limitan su impulso creador, lo mismo que los niños con talento no respetan los renglones del cuaderno caligráfico que pretende guiar sus primeros palotes.

(Yo intenté hace varios años escribir una novela empleando como urdimbre la batalla de Waterloo, pero tuve que desistir: en el ardor del combate, la imaginación me arrastró fuera de la verdad histórica. Y al final triunfaba Bonaparte aprovechando un *penalty* inglés, apuntándose la victoria por un muerto de ventaja en el segundo tiempo).

(Muchas risas).

Creo que las razones expuestas justifican sobradamente mi advertencia preliminar de que todos los personajes, lugares y acontecimientos de este libro son imaginarios. Ni el

protagonista soy yo metido en la cáscara de un disfraz ni las tías que van saliendo a lo largo del relato son las mías.

Tampoco hice seguir a mi héroe en sus andanzas las mismas sendas que yo anduve, ni le metí a descansar después de sus andanzas en las mismas camas que yo utilicé.

Tengo aún ahorros de inventiva que me permiten costear a mis personajes una vida independiente, y no necesito prestarles la mía para que dispongan de un sitio donde caer muertos.

(Oración y vuelta al párrafo).

Si algún día se me agotan estos ahorros, dejaré la literatura para dedicarme a los negocios sucios. Porque por sucio que sea un negocio, siempre será más limpio que ganarse el pan abriendo agujeros con la pluma en la pared de nuestras intimidades, para exhibirnos desnuditos ante los mirones.

En esta novela, por lo tanto, el lector verá un mundo fabuloso que no se parece nada al que muestran las agencias de viaje. He falseado deliberadamente todos los países, unas veces para criticarlos y otras para embellecerlos. Y aunque en algunos casos conservan sus nombres verdaderos para facilitar la comprensión del lector, sus geografías han sufrido modificaciones en mis páginas que no figuran en ningún mapa.

Los Alpes, por ejemplo, son más bajitos; y la nieve de sus cumbres tan inofensiva como si fuera de azúcar.

Y en el Obelisco de la Plaza de la Concordia parisiense, al pie de los jeroglíficos egipcios, hay un cartelito con la solución para evitar quebraderos de cabeza a los turistas.

Y la democrática península italiana vuelve a tener forma de zapato inofensivo, porque fue la dictadura de Mussolini quien le dio la silueta de una bota militar.

Y la patria de mi héroe es cualquier país mediterráneo, aunque lo mismo podría ser atlántico o pacífico.

Y el telón de acero soviético tiene un agujerito, por el cual se ve al público ruso pateando con impaciencia para

que se levante el telón...

Las guerras europeas a las que aludo aquí dentro no son tampoco con exactitud las que ha sufrido nuestro venerable continente. Aunque también es verdad que podrían serlo. Pero las guerras inventadas, aparte de que siempre resultan menos crueles que las auténticas, tienen la ventaja de que no hacen recordar a las familias el adiós de aquel pariente soldado que nunca volvió.

Hecha esta advertencia, sólo me queda agradecer a la Fantasía la valiosa y desinteresada ayuda que me ha prestado, sin la cual no me hubiera sido posible escribir este libro. Gracias a los datos que hallé en su inagotable archivo puedo ofrecer a los lectores, modestamente, esta trascendental autopsia del hombre contemporáneo.

Dicho esto, le abro a usted la puerta de esta hoja. Y me aparto, con una reverencia cortés, para dejarle entrar en la novela.

A. de L.

I

Juan sin don

También él se llamaba Juan, pero no poseía el don de las mujeres; ese don envidiable que permite a algunos privilegiados llegar en poco tiempo a los corazones femeninos. (Y como el corazón es igual que la pera de una bocina, basta oprimirla para que se aparten los prejuicios del camino que conduce a todo lo demás).

Los fracasos de este Juan frente al sexo que un humorista llamó «débil», se remontaban a su más tierna infancia. Ni siquiera en la época en que sólo era un paquetito de carne envuelto en felpa, etapa tan propicia para recibir caricias y carantoñas, logró que las señoras amigas de la familia le acogieran en sus brazos.

—¿Quién le va a dar un besito a mi nene? —decía su mamá entrando con él en el salón donde esperaba la visita.

—Yo, desde luego, no —contestaba la visita enérgicamente, retrocediendo hasta darse con la nuca en la pared.

—Pero ¡si es muy mono!

—Por eso mismo: temo que me trepe a la cabeza y me chafe el sombrero.

No fue fácil tampoco conseguir una niñera que se ocupara de mudarle los envoltorios rezumantes, pues las candidatas huían, al verle, dando traspies, pretextando que sus madres acababan de ponerse enfermas. (Pretexto bastante estúpido, porque todo el mundo sabe que la mayoría de las niñeras se dedican a niñar por ser huérfanas hasta las cachas).

Ni yo mismo me explico el motivo de que el pequeño Juan inspirara tal repulsión a las féminas adultas.

(«Pues si usted mismo no se lo explica y es el autor —dirán los lectores—, aviados estamos»).

Quizá fuera su gran nariz, tan ganchuda como el garfio del que se valen las grúas para pescar los hatos de mercan-

cías. O quizá sus desmesuradas orejas, de forma cónica, que hacían pensar en los aparatos fonolocalizadores empleados para la defensa antiaérea. O quizá sus piernas demasiado frágiles, que se habían curvado con el peso del macizo cuerpecillo hasta encerrar sus andares entre paréntesis...

Con los años, sin embargo, las imperfecciones físicas de Juan fueron disimulándose bastante. A medida que su cuerpo crecía, sus defectos de fabricación quedaban empequeñecidos por otros nuevos que le trajo el desarrollo. Por ejemplo:

El gancho de su nariz, entre sus mejillas, que adquirieron con el crecimiento proporciones de nalgas, parecía menos prominente y agresivo. Los amplios embudos de las orejas, flotando como nenúfares en el encrespado mar de sus cabellos, pasaban casi inadvertidos al ojo poco perspicaz. En cuanto a sus piernas, semejantes a sables por su delgadez y curvatura, se ocultaron con la pubertad en las vainas del pantalón largo... Y así, casi todo.

Pero estas alteraciones y enmascaramientos de sus desencantos anatómicos no contribuyeron a incrementar sus escasas dotes de seductor.

Ni en el colegio, donde estudió el bachillerato como todo el mundo, ni en la universidad, donde se hizo abogado como todo el mundo también, jamás logró que una muchacha se fijara en él. Y cuando alguna se fijó, la pobre no pudo contener la risa al ver lo feo que era.

Juan sufría oyendo las aventuras galantes que contaban sus jóvenes amigos, los cuales habían iniciado ya sus escarceos donjuanescos con las sirvientas de sus madres y las mecanógrafas de sus padres. Y cuando en la ruleta de la tertulia le tocaba a Juan contar sus exploraciones entre faldas, tenía que callarse avergonzado y cederle el turno a otro.

—Pero ¿es posible que a tu edad no hayas tenido ninguna aventurilla? —le pinchaban los demás con guiños pí-

caros y gestos obscenos.

Sí: había tenido una. Pero tan insignificante, que no se atrevía a contarla por miedo a provocar la risa de sus oyentes. La aventura fue así:

Una tarde, viajaba Juan en la plataforma de un tranvía. Un carro se cruzó ante el vehículo, obligando al conductor a frenar bruscamente. El frenazo hizo perder el equilibrio a todos los pasajeros, que lanzaron sordas imprecaciones al chocar con sus vecinos. Y una muchacha rubia, impulsada por la inercia, fue a parar entre los brazos de Juan, que los cerró instintivamente para sujetarla.

El abrazo sólo duró unos segundos, pues la chica lo deshizo en seguida apartándose de él con un azorado «Usted perdone». Pero Juan no olvidaría nunca aquel instante, único de su vida, en que había estrechado un cuerpo de mujer. Recordaba la embriaguez que experimentó al sentir en su nariz el cosquilleo de aquellos pelos dorados y alborotados, que olían a cuero cabelludo joven sin curtir. Recordaba también el aroma a noble sudor artesano que se desprendía de sus ropas, y el delicioso mohín que hizo al excusarse por el encontronazo...

Ese había sido el momento culminante de su árida carrera sexual, y se comprende que no se atreviera a referirlo ante un público con conocimientos bastante más profundos del alma femenina.

Así fueron pasando los años, hasta que el desdeñado Juan se encontró con un diploma de abogado en la pared y un bufete de lo mismo debajo de los codos.

En el bufete pasaba esas horas de la mañana y de la tarde que fueron antiguamente las mejores del día, hasta que a un imbécil se le ocurrió estropearlas llamándolas «laborales». Juan, sin embargo, no tuvo que laborarlas ni pizca. Demasiado joven para que los clientes acudieran a él, su única labor consistía en construir toda clase de animales doblando hábilmente grandes pliegos de papel. (Lo mismo suelen hacer todos los magnates en sus oficinas. Pero és-

tos, en vez de hacer sus pajaritas en papel corriente, utilizan costoso papel del Estado).

En la soledad de su oficina consultiva, en la que nadie se presentaba para consultar, fabricó Juan toda la zoología que puede obtenerse con unos cuantos dobleces.

Estaba claro que la abogacía no se le daba bien, pues sus experiencias fueron escasas. He aquí un par de ellas, para que los lectores juzguen por sí mismos:

Una mañana entró en su despacho un señor grueso, que le dijo sin preámbulos.

—Me duele aquí.

Y se señalaba ese bolsillo del chaleco en el que los pobres tienen el hígado y los ricos el reloj.

—¿Y qué quiere que yo le haga? —se encogió de hombros Juan.

—Pero ¿no es usted doctor?

—Sí, pero doctor en Derecho.

(Vale reírse).

El señor grueso se levantó y salió bufando del bufete.

Pocos días después, se presentó un marido menudito diciendo:

—Acabo de pegar una torta a mi mujer y necesito que me defienda.

—¿Es que la ha matado usted?

—No: es ella la que me va a matar a mí en cuanto me coja. (Vale reírse).

Ninguno de estos casos tenía base jurídica suficiente para ser defendido ante los tribunales. Y la toga de Juan se apolillaba en el perchero, mientras él seguía cubriendo su mesa de inocentes pajaritas.